

SÓLLER

PERIÓDICO SEMANAL DE INTERESES MATERIALES.

PUNTOS DE SUSCRICIÓN:

EN SÓLLER: Redacción y Administración—San Bartolomé—17.
EN FRANCIA: D. Guillermo Colom—Quai de la République—13—Cette (Herault).
EN AMÉRICA: D. Miguel Morell—Ponce (Puerto-Rico.)

PRECIOS DE SUSCRICIÓN:

0.50 pesetas cada mes en toda España.
0.75 id. id. id. en el Extranjero y en América (Unión Postal)
PAGO ADELANTADO.

Anuncios y comunicados á precios convencionales. Los comunicados deberán llevar firma. No se devuelven los originales.

SUMARIO.

Resurrección del Señor, por C. A. P.—*Els Glosadors d'altre temps*, (continuación), por D. José Rullan Pbro.—Còses en mallorquí: A l'amo'n Pera de su Coma, por Tofolét.—Actualidades: El incendio del teatro Baquet, La llegada de Boulanger á París.—Crónica Balear.—Crónica local.—Correspondencia particular.—Sección oficial.—Movimiento de población.—Sección comercial.—Sección religiosa.—Folleto: El Invierno, (continuación), por D. Juan B. Enseñat.—Anuncios.

RESURRECCIÓN DEL SEÑOR.

La Iglesia está de enhorabuena. El alegre repique de las campanas, el canto del aleluya, los ornamentos blancos de fiesta, anuncian un gozo tanto más agradable, cuanto mayores han sido las muestras de luto y dolor en la Semana Santa.

Jesucristo, triunfador del pecado y de la muerte ha resucitado á vida inmortal y gloriosa. Ya se acabó el permiso concedido al poder de las tinieblas. Creían triunfar los inicuos Sacerdotes, y los perversos príncipes de los Judíos, persiguiendo al Justo, acusándole calumniosamente, condenándole contra toda verdad y justicia, ejecutando en él los más crueles suplicios, y dándole muerte ignominiosa de cruz, cuyos pasos hemos contemplado en estos días pasados.

Para asegurar su infame triunfo colocan una grande piedra á la puerta del sepulcro, en que habían colocado su llagado cuerpo, la sellan para que no se pueda quitar sin su conocimiento, y no quedan tranquilos hasta poner guardias que custodien el sepulcro.

¡Oh perfidia judaica! ¿Estás satisfecha de tu obra? Pronto verás cuan vanos son tus esfuerzos, y frustrados tus intentos. El Mesías, á quien

no quisiste recibir, predijo su pasión, y padeció porque quiso; y también predijo su resurrección, y serán inútiles todos tus esfuerzos para impedirlo.

El que salió del seno de María, sin menoscabo de su virginidad, poder tiene para salir del sepulcro, glorioso, resplandeciente como el sol, más ágil que los espíritus, más veloz que el rayo, y más fuerte que la muerte.

Ya ha dejado la figura de pecador; ya no es el Dios oculto é ignorado, sino el Dios fuerte, omnipotente, arbitro y Señor del mundo, vencedor de la muerte y de las potestades del averno. Lleva á su lado á los justos del antiguo Testamento, rescatados por su poder, y se encamina á la humilde casita de su Madre santísima.

Alégrate, desconsolada Señora; deja los vestidos de dolor y de llanto, que llegada es la hora del cumplimiento de las profecías y promesas del Salvador. Mírale como entra glorioso y triunfante, acompañado de angeles y almas santas.

Reina del cielo, alégrate, aleluya. Mira á tu divino hijo no pasible, sino inmortal; no en traje de pecador, sino de libertador; no perseguido, sino vencedor; no afeado, maltratado, clavado en una cruz y muerto, sino vivo, glorioso, hermosísimo, triunfante, Dios en la magestad y en la gloria.

De las pasadas penas y tormentos solo le quedan las cinco llagas, resplandecientes como cinco soles, recuerdo de su amor é inmensa bondad, y prenda de nuestra esperanza.

Nadie más semejante que tú al Redentor en sus penas, y por lo mismo nadie tiene más derecho á la participación de su gloria y triunfo.

tos y suspiros. La honrada Celestina del reino vegetal era la Hiedra.

Vió la luz entre las flores, y viendo que, sin apoyo alguno, su destino era arrastrarse por el suelo, se fué acercando á los árboles y trepando por el tronco se encaramó en las ramas y se enredó con las hojas. Ella fué la inventora del refran que dice: *Quien á buen árbol se arrima... Ya sabes, lector, lo demás.*

Desde entonces, la hiedra fué una poética escala de sentimentales juramentos, una dulce cadena de ternura, un discretísimo telégrafo de amor.

¿Quién, al verla por primera vez, no reconoce en ella tan simpático destino? ¿Quién no adivina en sus verdes espirales la misteriosa vía de corrientes magnéticas, de callados suspiros y vibraciones de amoroso entusiasmo?...

Las hojas y las flores se contentaron, pues, con aquella discretísima mensajera.

Todo eran deliquios de amor, cuando expiró el reinado del Otoño; y éste quiso, antes de abandonar el poder, llevarse consigo las últimas flores.

Ante aquel monstruoso abuso de autoridad, que implicaba una espoliación irritante y una violación de la ley, las

Alégrate, Madre del Redentor, aleluya; regocijate Madre de Jesus resucitado, y vencedor del pecado y de la muerte, aleluya.

C. A. P.

ELS GLOSADORS D'ALTRE TEMPS

por D. Bartolomé Singala.

(Continuación.)

La valentía de expresión de la precedente escena no desmerece en las que le siguen hasta el final del acto, en que la trama se ha enredado, excitando el interés del espectador ansioso de conocer el desenlace.

Reúne bellísimas cualidades su versificación y delicados sentimientos, la triste y desesperada queja dirigida por *Meu á Xina*, tan pronto como *Don Dionís*, por medio de la más vil calumnia, ha logrado empañar el casto amor de aquél, haciéndole creer que su amada no es tan pura ni tan inocente como la conceptuaba. (Véase escena XXI.)

Meu. Jo que t'amava de veres
ab un amor la mes gran,
que no gusava mirarte
per no gusarté entelar,
puís que jo creya de veres
qu'eras de virtuts miray.
Que ma vida hauria dada
per tu cent voltes á l'any,
si hagués tengudes cent vides
tan sols per dirté: jo t'am.
Qu'eras consol de mes penes,
bálsam per mon cor nafrat,
que sens tu no veyá ditxa
en aquest mon de pesars;
jo que desde que vax néixer
tan sols nu sé qu'es gusar,
que nu tench pare ni mare,
ni sols parents ni germans,
En tu l'amor la mes santa
havía ditxós pusat,
Y ara vetx que m'enganyaves,
¡Oh Senyor! ¡Quin desengany!
(Plorant.)

III.

ACTO SEGUNDO.

En el acto segundo se reproducen con toda su naturalidad típica, las escenas á

hojas se pusieron pálidas y amarillentas, é imploraron del Otoño que al menos una vez les permitiese juntarse con sus amantes moribundas.

Aunque el dominio de la tierra pertenecía ya al Invierno, el Otoño cometió su última usurpación de poder otorgando á las hojas la gracia que pedían. Al efecto sacudió rudamente á los árboles, y las hojas desprendidas vinieron al suelo.

¡Ay! Entonces principiaron verdaderas locuras de amor...

El Otoño, á quien aquel juego causaba una salvaje alegría, se entretenía en desencadenar todos los vientos sobre las pobres hojas, que se revolaban bailando una danza frenética en torno de las flores, sin que les fuese permitido prolongar un beso ó una acaricia.

Fácilmente abatidas por aquel torbellino, las débiles flores inclinaron su corola para no volverla á erguir jamás, al paso que las hojas, arrulladas al fin por las últimas caricias del Otoño, se entregaron al sueño eterno.

Llegó pausada y friamente el grave Invierno, quien al tomar posesión temporal de la tierra, se encontró con que bosques y campiñas le recibieron desnudos y desiertos.

que daban lugar las *glosadas*, espectáculos gratis para cuantos querían tomar parte en la diversión, sin peligro de viciarse ni de gastar dinero; pues era una verdadera escuela de moral y de historia filosófica por las continuas citas y alusiones que á ellas se hacían. Allí el elemento joven nunca discordaba del viejo, porque la ciencia y la práctica de éste se imponían siempre á la inesperienza de aquel.

Al contemplar la transformación de las antiguas tabernas en las decoradas habitaciones del casino, cafetin, café ó como quiera llamarsele; los taburetes en balancines, las mesas de pino para jugar al *escambrí* en tableros de mármol, el cónico vaso de vidrio común en los costosos servicios del café, no podemos menos de preguntarnos: ¿Hemos ganado en semejante cambio? ¿Se recrea más ahora nuestra juventud al pasar las tardes y noches enteras en medio del actual barullo producido por el ruido de las copas y de las discusiones nada edificantes, á veces? ¿Es más feliz, goza más de lo que gozaba la de los tiempos pasados, cuando formaba en tercera ó cuarta fila, alrededor del monumental brasero de yeso, situado en la parte más espaciosa de la taberna, mientras que los ancianos *glosadors*, cercanos al fuego y formando el centro de la reunión, encendían su pipa y entonaban su *glosa* que les valía una estrepitosa salva de aplausos? ¿Y qué diremos de la sorpresa causada muchas veces en la multitud, cuando algún joven imberbe, sin esperar turno, se mezclaba en la contienda y merecía los honores de ser proclamado *glosador* por los asistentes, y de formar luego corrillo con los maestros veteranos, aunque no dejase jamás la plaza de aprendiz? Somos partidarios acérrimos de la enseñanza, de la cultura social que dan el verdadero progreso; pero en muchas cosas no sabemos ver la ganancia ó el lucro alcanzado, trocando las costumbres de ayer por las de hoy; más volvamos al objeto de nuestra tarea y veamos de que manera el Sr. Singala sabe reproducir una fiesta que ya pasó al dominio del cronista y del poeta dramático, sin restarnos de ella más que el recuerdo de algunos tipos privilegiados, cuyas composiciones se trasmiten de padres á hijos como excelentes modelos de versificación popular.

El mismo tabernero, descalabrado por los bandoleros del Coll de Sóller, empieza la velada zaheriendo á los *glosadors*; y, de lo dicho por este, Tambó y Sarol toman pié para llevar á cabo su intento. (Véase escena I.)

Los árboles que tan magestuoso ramaje habían ostentado durante el dominio de las anteriores estaciones, eran ahora esqueletos inmóviles, cuyas siluetas se destacaban siniestramente sobre el fondo gris de un cielo brumoso. Eran muy contados los oasis de verdura en los extensos páramos donde venía á reinar el Invierno.

Véase algún grupo de abetos, conservados por la virtud forzosa en que vivían, merced á la triste circunstancia de que á causa de sus piñas, ninguna flor quería tener con ellos relaciones amorosas. En las laderas de altos montes y en los repliegues de umbrosos valles, animados por las aves que en ellos habían establecido su cuartel de invierno, se veían oscuros bosques de encinas, cuyas ásperas hojas, erizadas de púas, les enagenaban las caricias de las flores.

En extensas llanuras, la muerte parecía haber sembrado la soledad y el abandono en todo el reino vegetal.

Los únicos vestigios de vida los presentaba la verde yedra, ya recostada en alguna roca, ya entrelazada con desnudas ramas, como amante fiel al ídolo de sus amores aún después de la muerte.

(Se continuará.)

JUAN B. ENSEÑAT.

FOLLETO.

EL INVIERNO.

(Continuación.)

Después de tan elocuente prueba de los sentimientos de ternura que iban dominando á las hojas, estas y las flores se desvivieron por acortar la distancia que las separaba, aspirando al beso sublime con que el amor perpetúa la vida.

El problema parecía de difícil solución, por cuanto las hojas pendían de altas ramas y las flores apenas conseguían erigir su corola sobre el nivel de la verde alfombra.

¿Cómo vencer los obstáculos? ¿Cómo suprimir aquella distancia? El amor, que en todos tiempos y todos los casos se ha mostrado el más hábil y sagaz de todos los dioses, no tardó en encontrar los medios de satisfacer sus ardientes aspiraciones.

Hojas y flores hallaron pronto un mensajero para su mútua correspondencia amorosa. Más que mensajero era una especie de telégrafo viviente, por el cual de continuo subían y bajaban juramen-

